



Desde
10
años

PLANETA

ROJO

LAS CARTAS DE LULÚ

FRANCISCO LEAL QUEVEDO

ILUSTRACIONES DE MARÍA LÓPEZ

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustraciones de interior y de cubierta: María López

© Francisco Leal Quevedo, 2018

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2018

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6988-1

ISBN 10: 958-42-6988-7

Primera impresión: julio de 2018

Impreso por: Editorial Bollívar Impresores S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

FRANCISCO LEAL QUEVEDO

Ibagué, Noche de Brujas 1945. Pediatra, viajero, filósofo y autor de una veintena de libros para niños y jóvenes, acogidos también en Venezuela, Ecuador, Perú, Brasil y Estados Unidos. Ganador en 2009 del Premio Barco de Vapor-Blaa, con *El Mordisco de la medianoche*. *Las cartas de Lulú* es su segundo libro de ficción en el sello Planeta Lector.

En este libro nos acerca la imagen del Filósofo de Otraparte, Fernando González, a los jóvenes lectores, con una historia clásica, metida en nuestra actualidad, tocada con la magia de la imaginación, llena de puntos de quiebre.

*Homenaje a Fernando González,
el filósofo de Otraparte.*

*Versión libre de una anécdota atribuida
a Franz Kafka.*

A Amalia y Santiago, mis amores esenciales.

CONTENIDO

I. En la plaza.....	11
II. El llanto	13
III. Ella.....	17
IV. Sobreviviente.....	19
V. ¿Cómo es ella?	21
VI. Busquemos de nuevo	25
VII. Rumbo a Otraparte	27
VIII. ¿Cómo pasó aquello?	29
IX. Primero el dinero	33
X. La colecta.....	37
XI. Lulú ya no estaba	41
XII. Mi explicación.....	43

XIII. Inventar una luz.....	45
XIV. Las razones del viaje.....	47
XV. Los peligros del viaje.....	49
XVI. Una luz de esperanza	53
XVII. ¿Cómo te llamas?.....	57
XVIII. Buscando un fantasma.....	61
XIX. La tregua	63
XX. Las posibilidades	65
XXI. La sorpresa.....	67
XXII. Otra carta	71
XXIII. El viaje se alarga	75
XXIV. Ya está muy lejos.....	79
XXV. ¿Acaso regresará?.....	83
XXVI. El plan.....	85
XXVII. ¿Cuál de tantas?.....	87
XXVIII. ¿Es ella?.....	89
XXIX. Los viajes nos cambian.....	93

EN LA PLAZA

Soy un viejo muy flaco y orejón. Cada año mis orejas se notan un poco más y mis huesos se asoman por todos lados. Algunos me apodan «Murciélago». No me molesta, el apodo más bien me hace reír.

Soy un caminante, todas las mañanas tomo mi bordón e inicio la marcha por el camino de piedra. Cuando mis vecinos me ven pasar, murmuran: «Allá va otra vez el andariego señor de Otraparte».

Paseo sin prisa durante varias horas, voy mirando las maravillas del paisaje.

Descubro cosas nuevas en el mismo sendero. Al mediodía llego a la plaza y me siento en la banca, mi banca de siempre, cerca de la fuente de piedra y bajo la sombra de las inmensas ceibas.

Allí todos los días son iguales, alegres y serenos. Solo de vez en cuando pasa algo distinto, como aquel día, cuando la conocí...

Había poca gente en el parque, muchos pájaros revoloteaban en la pileta y algunos niños jugaban con sus perros. El sol se iba lento, como si dudara en quedarse. De rato en rato sonaban las campanas de la iglesia.

De pronto los niños partieron, era hora de hambre. Y las aves, todas a una, emprendieron su vuelo. La plaza quedó quieta y muda.

Fue entonces cuando, en medio de aquel silencio, se oyó un llanto, un trueno en el aire quieto. Era profundo y largo, interminable. Paraba un instante para empezar de nuevo.

||

EL LLANTO

«¿Quién llora con tanta tristeza? Solo un niño o una niña lloran así, desde el centro del corazón», me dije.

Durante unos minutos el llanto se detuvo, pero solo para empezar de nuevo.

Así fue durante un tiempo largo.

«Si la tristeza es mucha, llorará un buen rato y al final le llegarán el desahogo o el cansancio», eso me dije y me quedé aguardando.

La ola triste bajaba y luego subía como antes. Por momentos, el llanto sacudía toda la plaza. Ya sentía en mi pecho el dolor ajeno.

«Debo ver quién llora para consolarle».

Caminé unos pasos. Ahora el sonido estaba cerca, muy cerca.

—Lu-lu-lu —así sonaba entre lágrimas.

Era una niña quien lloraba.

«Tendrá unos nueve años», calculé.

«He de hacer algo para calmar su dolor», me dije.

Entonces decidí acercarme y hablarle.

—Lu-lu-lu-lu —repetía en sílabas entrecortadas.

Volvió la ola del llanto. Luego se apagaba. Imaginé que la herida de su corazón se abría y se cerraba de nuevo.



|||
ELLA

—¿Puedo ayudarte en algo? —le dije.

Me miró sorprendida. Las lágrimas no la dejaban hablar.

Insistí con una sonrisa. Al fin se serenó un poco.

—¿Dónde estará? —me preguntó.

—¿Quién? —le dije.

El asombro total de sus ojos fue la respuesta.

¡Cómo le preguntaba eso si era evidente!

—Ella...

¿Pero quién sería «ella»? Pensé que la niña se refería a quien la cuidaba.

—¿Busca a su mamá? ¿Le ayudo a encontrarla?
—le pregunté.

Con un movimiento de cabeza negó esa posibilidad:

—No tengo mamá... —agregó en voz baja, como si le diera vergüenza.

Quizás se había extraviado y buscaba a su cuidadora.

—¿Busca a su abuela?

—Tampoco tengo abuela. Ni abuelo... Ni hermanos, ni hermanas. Ni tíos, ni primas...

La niña seguía desgranando, sin parar, frases de ausencia:

—Ni a nadie —dijo para terminar.

Luego agregó entre llantos:

—Solo la tenía a ella.